

P Alabras muertas

El día en que mi vida se apagó, a lo lejos se oían gaitas mientras el cielo del atardecer se rompía en tres colores. Todo lo que había supuesto mi existencia saltó por los aires aquel día de San Patricio. Mi sangre teñía mi única camisa de lino blanco, mientras mi traje, hecho jirones, apenas cubría mi cuerpo. El olor a metralla y carne quemada inundó el pueblo hasta las colinas que cortaban el valle. Las gaitas seguían tocando frente a la procesión que bajaba de la iglesia. Pero abajo, en el valle, solo se escuchaban gritos de estupor acompañados por muecas de dolor, y hasta se podía oír la falta de respiración de los testigos de tanto horror.

Mi vida era tan valiosa como la de cualquier joven que ha comenzado la madurez. Nací y me crié en el norte de la verde y bella Irlanda, a pesar de las dificultades, nunca quise vivir en otra parte, solo me apartó de ella la onda expansiva de aquella maldita bomba. Entre todas las imágenes de aquel día, la más desgarradora era, sin duda, la de mi abuela. Arrodillada recogiendo pedazos de la camisa que ella misma había confeccionado, hablaba en irlandés entre sollozos acunando el trapo mientras ahogaba un grito en medio de los gemidos de su llanto. En ese mismo instante sentí desaparecer pero temí no ser el único. Busqué a Aoife entre aquella carnicería pero no estaba, tampoco veía a Sean, ni a mi pobre madre. Tal vez no estaba todo perdido y mi familia había sobrevivido. Me costaba creer que el día anterior estuviese explicando en la escuela a esos muchachos que ahora yacían inertes junto a mí, o presenciaban atónitos este espanto, los orígenes y motivos de la celebración de esta fiesta. Iba a echar de menos enseñar, pero al igual que gran parte del pueblo, estaba muerto. Recordaba las palabras tiernas que mi padre me susurraba mientras me sostenía en sus brazos mostrándome el valle, mi primer día de escuela, mi primer baile, ahora todos esos recuerdos eran nítidos y tan reales como si estuvieran ocurriendo en ese instante. Oía llantos de bebés que me llenaron de esperanza al saber que al menos ellos estaban vivos. Mi hermano corría de un lado para otro intentando socorrer a todos los que encontraba. Mi sobrina tenía la cara cubierta de sangre pero parecía no ser consciente de ello, simplemente estaba quieta como una estatua en medio de la masacre. Ver así a mi sobrina me dolió más que el impacto recibido. Intentaba acercarme y limpiarle las heridas, pero en vano, porque aunque me cueste creerlo, ya no estoy vivo. Siento un terror realmente escalofriante porque los veo pero no consigo articular palabra. Soy el espectador mudo de una escena esperpéntica al tiempo que uno de los actores principales. Una nueva punzada de sufrimiento golpea mi pecho al ser consciente de que mi boda ya no se va a celebrar este verano. Aoife y yo nos conocíamos incluso antes de nacer. Nuestras madres daban paseos juntas en uno de los veranos más calurosos que se

recuerdan en la isla. No se sabe bien porqué pero para las gentes del pueblo, por supuesto, fue obra del destino que los dos nacióramos el mismo día con tan sólo dos horas de diferencia. Desde ese día, estuvimos marcados no solo por la superstición irlandesa, sino por una complicidad innata y natural que desde luego a mí me convenció para no amar nunca a nadie más.

Dos décadas han pasado desde aquel funesto día de San Patricio. Sin embargo, para mí la vida se ha hecho eterna en un par de minutos. El gran regalo que la eternidad me concede es poder contemplar a mi familia y mi pueblo en cada aniversario de tan triste celebración. Puedo pasearme por cada rincón de la que fue mi casa la víspera o ver lo que cada uno de los miembros de mi familia está haciendo independientemente de donde se encuentren el día de San Patricio, su víspera y el día de después. Gracias a esa concesión, he podido contemplar como mi sobrina Maggie me ha sustituido convirtiéndose en la maestra del pueblo. No solo heredó mi puesto, sino también mis instrumentos musicales con los que enseña a niños a recordar cantos y leyendas irlandesas. No obstante, ella no ha vuelto ni a entonar una estrofa desde mi muerte, únicamente lo hace a solas para poder llorar tranquila, sin remordimientos, sin silencios mortificantes ni miradas expectantes. Es mi vigésimo aniversario, el valle está tranquilo y yo no puedo parar de contemplar la belleza de Aoife mientras se retoca frente al espejo. No se casó conmigo, ni con nadie más. Sin embargo, Sinead nació seis meses después de mi muerte. He observado a mi hija cada año, durante mis tres días de gracia crecer con una mezcla de orgullo, dolor y rabia por no poder abrazarla, besarla o hablarla. No obstante, ella sabe que la acompaño, se duerme siempre abrazada a mi foto mientras me cuenta todo lo que ha hecho durante el día y yo la escucho sonriendo e incluso riendo. Lo que Sinead no sabe es que yo sí lo sé todo de ella. Por eso me encantaría poder transmitirle que no hay nada que perdonar, ya que amar nunca puede ser algo reprochable y aún más importante, ni siquiera se elige. Lo más destacable de mi corta existencia fue poder amar en mayúsculas con una intensidad mucho mayor que la bomba que me mató.

El momento más especial del tiempo que se me ha concedido es vigilar el sueño de Aoife. Muchas noches se levanta sudando y gritando, entonces recuerdo de nuevo, aquella macabra escena. Aoife cubierta de salpicaduras de sangre espesa, observando con consternación el llanto desesperado de mi abuela junto a mi cuerpo destrozado. Aoife se lleva la mano al vientre y se siente desfallecer. Mi hermano consigue llegar a

tiempo para sostenerla en su desmayo. Es en ese momento cuando Sean empieza a ser consciente del alcance de la matanza mientras contempla a su hija inmóvil en el centro de la escena, el cuerpo de su hermano sin vida y difícil de identificar; su abuela deshecha por el dolor y a su madre corriendo y gritando quedándose sin aire mientras se acerca al lugar espectral de la masacre. Sean quiere pararla pero su cuerpo no le obedece por lo que finalmente se rinde y es él ahora quien grita desgarrando no solo su garganta sino las almas de todos los que están presentes. Al caer la noche, Aoife, como siempre, se despierta sobresaltada reviviendo esa horrenda pesadilla formada por recuerdos. Cuando Sinead no estaba en la universidad, siempre se hacía un ovillo junto a su madre, la besaba y le susurraba algo que yo solía decirle: “Tranquila, ya estoy aquí, pase lo que pase estaré aquí cuando despiertes y te vuelvas a dormir. Agárrate a mí”. Aoife al principio se asustaba al oír a nuestra hija decir aquellas palabras desde bien pequeña pero ahora las echa tanto de menos que es poco probable que esta noche pueda conciliar el sueño. Tampoco Sinead va a dormir mucho esta noche, tiene demasiadas cosas en las que pensar aparte de dejar todo listo para poder marcharse a celebrar San Patricio con su familia.

El maletero del pequeño y usado coche de Sinead está lleno de encargos para la familia, regalos y emociones encontradas mezcladas con miedos y recuerdos tristes difíciles de superar. El viaje hacia su casa le resulta tan familiar que podría haberlo hecho con los ojos cerrados. Siente la fuerza centrífuga que la expulsa de cada curva como el vórtice de atracción a sus raíces, a la verdadera razón de su existir. Para el coche en el acantilado anterior a su pueblo. Desde la cima contempla el valle azotado por el rugido de una próxima tormenta. Es consciente de que ha llegado la hora de sincerarse con los suyos. Lo único que desea es que cuente con la fuerza necesaria para hacer entender a los míos la inocencia y pureza de sus actos .

El reloj junto al aparador de la entrada seguía parado marcando la hora en que el repiqueteo de campanas anunciaba el inicio de la procesión. Esa fue la última hora de vida apacible e inmaculada en la historia del valle y mi pueblo. Sinead contempla la casa vacía en la que simplemente hay sitio para la pena, el recuerdo y la sombra del miedo y la culpabilidad por la confesión que se avecina. Tal vez para darse ese empuje que le falta, Sinead, suelta las bolsas y se acerca al reloj, lo abre y pone en marcha el péndulo. Ahora los segundos marcados por el reloj ponen banda sonora al vacío de la casa y parecen calmar los brincos de su estómago. Intenta subir a su habitación a dejar las cosas pero las piernas no le obedecen y ya es demasiado tarde. La puerta se abre con

toda mi familia con trajes enfundados en bolsas de plástico perfectamente planchados para el desfile. Nadie se había dado cuenta de que el reloj volvía a funcionar. Aunque no era lo único que se había puesto en marcha.

La celebración sigue su curso. Este año pese a la pena acumulada por la pérdida, no hay lágrimas sino un intento feroz por reprimirlas camuflándolas entre las risas de los más jóvenes. Mi hija sigue como ausente seguramente mientras piensa la manera de decir lo que ya llevaba demasiado tiempo ocultando. Su madre intuye que algo pasa pero prefiere esperar a que Sinead decida contárselo. Aunque no creo que tenga la más remota idea de que se trata. Mi madre se siente más animada que en otras ocasiones. Aprecia la compañía de los suyos pero aún así las entrañas le devuelven el recuerdo del estallido que acabó con medio pueblo. No le envidio la papeleta a Sinead pero de alguna forma confío en que su confesión cierre esa brecha que nunca hubo de abrirse. Tras el desfile, mientras todos ponían la mesa e iban trayendo platos y bandejas, el pequeño altar con mi foto presidía un recuerdo que aunque nadie quería admitirlo estaba más que presente. Aoife seguía mirando a Sinead, intentando averiguar que ocultaba o simplemente para conseguir incomodarla hasta el punto de que quisiera confesárselo de motu proprio. Maggie sonreía a Sinead con complicidad mientras mi hermano y Aoife, cruzaban miradas de absoluta perplejidad. Fue en ese momento cuando mi madre pidió silencio, se puso de pie y preguntó:

-¿Qué es lo que suena? No puede ser ¡Es el reloj de la entrada! ¿Cómo es posible?- Lo dijo alzando la voz asustada mientras las lágrimas inundaban sus transparentes ojos grises llenos de cicatrices por los años y lo que habían visto. Se levantó hacia mi foto, Sinead estaba detrás llorando silenciosamente, abrazó a su abuela al tiempo que pasaba la mano suavemente por mi retrato como si pudiese traspasar el cristal.

Sinead acompaña de nuevo a su abuela a la mesa. La sienta con una delicadeza extrema bajo la atenta mirada de toda su familia. Mira a Maggie quien asiente y le guiña el ojo. Sinead se sienta, aparta el plato y empieza su confesión:

- El reloj ha vuelto a funcionar porque yo lo he puesto en hora. Llevaba veintinueve años callado como si expiase una culpa de un pecado nunca cometido. Ese reloj y yo, tenemos mucho en común - Continuó Sinead. -Yo no tuve siquiera la oportunidad de conocer a mi padre pero durante estos años he sentido siempre su presencia en silencio como el reloj. Pese a que se me han inculcado valores tan loables como el amor y el perdón nunca se incluyó en la ecuación a ningún inglés. Sin embargo, yo nunca he sentido odio ni rencor pese a lo que me arrebataron.- Mi hermano la escuchaba mientras

apretaba el puño cerrado contra la mesa como si la pudiese atravesar, el labio empezó a sangrarle por la rabia con la que lo mordía y comenzó a hablar con la voz entrecortada por la emoción.

- Sinead, no entiendes lo que eso supone para nosotros. No es solo perdonar, es mucho más. Es haber perdido a un hijo, a un padre, hermano o marido, al menos en cada generación. Es vivir con la sombra de la muerte presente en cada rincón, sufrir humillaciones solo por tener una religión y tradición distintas. Tampoco nos dejaron hablar nuestro idioma ni acceder a buenos puestos de trabajo, simplemente nos machacaron. Sinead no es perdón lo que pides es negar nuestra historia.

Las lágrimas se resbalaban por el rostro de Aoife y caían sobre su plato con la misma rotundidad con la que Sinead comenzó a contestar a su tío.

-Yo no pido ni siquiera el perdón. Tan solo os ruego que entendáis que me he enamorado de una persona sin tener en cuenta de dónde proviene, su pasado o el mío. Pero eso no va a cambiar porque no lo aceptéis-. Sinead sacó algo del bolsillo del pantalón y se lo puso en el dedo anular ante la sorpresa de todos los miembros de la mesa y prosiguió.

- No es un capricho, es mi marido y me gustaría que el año que viene se sentase en esta mesa junto a mí, con vosotros y frente al retrato de mi padre. Todo ello os lo suplico en nombre del amor para que la esperanza vuelva a ponerse en marcha como el reloj de la entrada.

Treinta años después de mi muerte, en mi segundo día de gracia contemplo la estampa más bella imaginable. Mi hija y su marido inglés de la mano en la puerta de mi casa dirigiendo la mirada al horizonte con una ternura indescriptible al contemplar como la suave aunque fría brisa acompaña el ritmo perfectamente medido del movimiento de los brazos de Aoife acunando a su nieta Liliana. Sus ojos proyectan en la cabeza desnuda del bebé el inmenso amor que deseaba que recibiese mientras la mecía. Es el día de San Patricio y en la inmensidad del verde valle y sus montañas solo se oye el silbido acompasado y triste del viento rozando los campos de cebada. Ni siquiera Liliana se atreve a mover ni uno de sus minúsculos miembros para no interrumpir el llanto silencioso y cargado de dolor de su abuela. Las dos rodeadas por un paisaje indómito, pero más que conocido, coronan la estampa del terrible e inolvidable escenario de lo que aconteció treinta años atrás con el mudo apoyo del monumento a los que allí caímos.